863
S.
PQ6565
.S4
L8

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LUCES Y SOMBRAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BRUTOS CÉLEBRES

I.

La naturaleza me dió cuerpo de mujer, pero mis acciones me han igualado al hombre más esforzado. He regido el imperio de Nino, que por Oriente linda con el río Hinamán, por el Sur con el país del incienso y de la mirra, y por el Norte con los Sakas y Sogdianos. Antes de mí, ningún asirio había visto mares; pero yo he visto cuatro adonde nadie llegaba, por estar muy remotos. He obligado á los ríos á seguir el curso que quería, y que siempre ha sido por los sitios en que eran más útiles, fertilizando la tierra estéril, y regándola con las aguas; he erigido fortalezas inexpugnables; he construído con el hierro caminos al través de peñascos impracticables; he abierto á mis carros sendas que ni las mismas fieras habían

recorrido, y en medio de estas ocupaciones he tenido tiempo para mis ocupaciones y para mis amigos.»

Así habla Semíramis de sí misma en una inscripción que, según dicen, encontró Alejandro en los confines de la Escitia, y que Polieno asegura haber conservado.

No es precisamente Semíramis el primer animal célebre que mis recuerdos históricos me traen en este momento á la memoria; pero no se puede pensar en la grandeza fabulosa de la gran Reina asiria sin fijar la atención en la celebridad histórica del animal más grande que pisa la tierra después del diluvio.

Se duda si Semíramis sometió á su dominio todo el Egipto y la mayor parte de la Etiopía; mas se cree que, excitada su codicia por las riquezas de la India, preparó una expedición formidable contra aquella región del Asia.

Estratobatis, rey de la India, se preparó á recibir á la reina de Babilonia, y opuso al ímpetu de los ejércitos victoriosos de la mujer más sensual que recuerda la historia de aquellos tiempos, la fuerza de los animales más castos que se encuentran en las variadas páginas de la historia natural. ¡Qué contraste más curioso!

Quiero decir, que los elefantes de Estratobatis destrozaron el ejército de Semíramis, reduciéndolo á la tercera parte.

La mujer de Nino retrocedió fugitiva á las orillas del Eufrates, y no volvió á pensar más en las riquezas de la India.

En nuestros tiempos, Inglaterra, como si fuese la heredera del honor de Babilonia, está vengando en las orillas del Indo el desastre de Semíramis.

El primer bruto célebre que nos encontramos en el umbral de la historia profana es el elefante vencedor de Semíramis.

Cualquiera que sea nuestra vanidad de hombres, no podemos negar que Estratobatis, hombre y Rey, debió su triunfo á los elefantes, que acometieron sin su orden, y vencieron, digámoslo así, sin su permiso.

El honor de esta victoria les pertenece, y si los 300 lacedemonios de las Termópilas supieron morir, los elefantes de Estratobatis supieron más; supieron vencer; y si Semíramis hablara, nos diría que hubiera preferido encontrarse á los lacedemonios de las Termópilas más bien que á los elefantes de la India.

Sin que lo diga podemos asegurarlo; porque en el primer caso habría sido vencedora, y en el segundo caso fué vencida.

Las trompas de la fama han llenado el mundo con la gloria de aquellos héroes; más modestas, las trompas de los elefantes han permanecido mudas. ¡Admirable desprecio de las glorias humanas!

Cuenta Herodoto que los siete conjurados que dieron muerte á Smerdis, usurpador del trono de Persia, se encontraron sin saber qué hacer de aquel

imperio sin Rey; y, erigiéndose en una especie de Asamblea Constituyente, discutieron la forma de gobierno que había de adoptarse.

Darío, que era uno de los conjurados, sostuvo la conveniencia de la forma monárquica, que fué aceptada por los siete.

La primera dificultad estaba vencida; pero quedaba la segunda. Tenían monarquía, pero faltaba el Rey. ¡Qué frecuente es esto! Allí estaba la corona; pero ¿dónde estaba la cabeza?

Antes de resolver esta segunda dificultad, se otorgaron toda clase de honores y de preeminencias, y después pensaron en el Rey.

Había que elegirlo, y claro es que, en el caso de una votación, cada uno de los siete conjurados se hubiera elegido á sí mismo para rey de Persia.

Entonces idearon una especie de plebiscito, confiando al más noble de los brutos el arduo encargo de elegir Monarca.

Convinieron, pues, en que á la mañana siguiente se presentarían los siete delante de la ciudad, y aquél, cuyo caballo relinchara antes, sería proclamado Rey.

No estaba este sufragio exento de la influencia moral necesaria en estos casos, y el escudero de Darío halló medio de poner anticipadamente en la espumante boca del caballo de su amo el relincho vencedor.

El caballo de Darío relinchó antes, y Darío fué Rey de los persas.

He aquí el segundo animal célebre que nos recuerda la historia.

Los elefantes de Estratobatis usurparon al ejército indio la gloria del triunfo; el caballo de Darío usurpó al pueblo persa el derecho electoral.

Hicieron los elefantes lo que no consiguen hacer todos los ejércitos. Hizo el caballo de Darío lo que apenas saben hacer los pueblos modernos.

La gloria de este noble bruto es más grande de lo que parece á primera vista, y conviene examinarla á la luz de la razón y de la historia.

Yo pregunto: llamado el pueblo persa á designar su Rey, ¿hubiera elegido á Darío?

Puede que haya quien contesde que sí; y entonces yo afirmo que el caballo fué intérprete fiel de la voluntad del pueblo.

Pero es indudable que el pueblo persa pudo elegir á otro, y entonces es históricamente incontestable que el caballo de Darío tuvo más talento que todo el pueblo, pues no vaciló en elegir al único que merecía ser elegido.

Los votos del pueblo hubieran podido designar á cualquiera para ceñir la corona de Ciro; pero el relincho del caballo de Darío supo designar al que podía ceñirla.

Corresponde, pues, á tan noble bruto el honor de elegir Rey, y la rara gloria de haber sabido elegirlo.

II.

El Emperador Tiberio reconoció en su nieto Calígula un digno sucesor de su nombre y de su fama.

Aún no había salido Calígula de la adolescencia, y ya Tiberio le decía : «Tendrás todos los vicios de Sila, y ninguna de sus virtudes.» Y como si estas palabras no anunciaran con bastante claridad al mundo la especie de hombre que había de ser el futuro Emperador de la poderosa Roma, añadía : «Es una serpiente que educo para el género humano.»

Sin embargo, Calígula habría muerto á manos de Tiberio, si el nieto no hubiera sido más astuto que el abuelo. Había heredado de su padre Germánico el amor del pueblo y del ejército ; del ejército que hacía aquellos Emperadores, y de aquel pueblo que los aplaudía. Tenía, pues, Calígula estos dos títulos incontestables : las espadas de los pretorianos y los aplausos de la plebe.

No era, pues, un vano temor el de Tiberio, si veía en el joven Calígula su sucesor en el imperio, ó, lo que es lo mismo, su asesino ; pero el hijo de Germánico supo disimular tan hábilmente, que el viejo Emperador no tuvo inconveniente en dejarle vivir.

Hablando de Calígula, decía Pasieno : «Nunca se vió tan buen esclavo ni tan perverso amo.»

Huyendo á Caprea, murió Tiberio de muerte natural, y Calígula fué proclamado Emperador.

Él mismo celebra su elevación al imperio con tres actos relativamente bien singulares : por una parte se presenta en Roma, y, anegado en llanto, hace el elogio de Tiberio ; al mismo tiempo manda quemar todos los procesos pendientes, y á la vez trae del destierro las cenizas de su madre y de sus hermanos, y las coloca en el mausoleo de Augusto.

La historia relata estos hechos sin comentarios, y no acertaríamos á coordinar tanto dolor por Tiberio y tanta piedad por las víctimas de Tiberio, si no buscamos en la índole perversa de aquel Emperador, adorado por el ejército y aplaudido por la plebe, la razón de sus actos.

Hace el elogio de Tiberio, porque va á sucederle en crueldades y en deleites.

Desocupa las cárceles y los destierros de las víctimas designadas por Tiberio, porque necesita todas las cárceles y todos los destierros para sus propias víctimas.

Llora como un niño sobre las cenizas de su madre y de sus hermanos, como si de ese modo quisiera acusar á la muerte de haberle usurpado el derecho de matar.

Por eso, sin duda, se apresura á disponer la muerte de su primo Tiberio, de su suegro Silano y de su amigo Macrón ; pero los honra concediéndoles el honor de ser sus propios verdugos : habían tenido la precaución de proveerse de contravene-

nos, y Calígula les ordenó que ellos mismos se mataran. ¿Podía hacer más?

Insensato llama la historia á este hombre, que discurría con lógica inexorable.

Un patricio, desterrado por Tiberio, vuelve á Roma, indultado por Calígula; el joven Emperador lo ve, y le pregunta:

—¿Qué pensabas en el destierro?

—Hacía votos por la muerte de Tiberio y por tu elevación al poder.

Semejante respuesta sugirió en su ánimo un razonamiento verdaderamente incontestable: si los desterrados por Tiberio hacían votos por la muerte de Tiberio, los desterrados por Calígula harían votos por la muerte de Calígula, y, claro está, todos fueron degollados: así libraba á sus enemigos del terrible peso del odio.

Un día se esparce por la ciudad la noticia de que el Emperador se hallaba ligeramente enfermo. Roma se cubre de tristeza, y dos ciudadanos ofrecen sus vidas á los dioses por la salud de Calígula; sus votos son admitidos; muere el uno á manos de los gladiadores, y es el otro despeñado, ceñida la cabeza con la corona de las víctimas.

Lucha como gladiador, y su adversario, temeroso de su vencedor, se declara vencido; Calígula acepta la lisonja, y hunde la espada en su garganta.

Los gladiadores viejos son arrojados á las fieras porque ya no sirven, y, cuando falta este recurso, se echa mano de los espectadores.

De las cárceles sale diariamente el pasto humano que ha de alimentar á las fieras del Circo, porque la carne está cara; lo cual quiere decir que en los tiempos más espléndidos de la edad antigua valía más un buey que un hombre, y era de todos modos preferible ser fiera del Circo á ser ciudadano de Roma.

Calígula es aquel Emperador que decía: «Quisiera que el pueblo romano no tuviera más que una cabeza, para cortarla de un solo golpe.»

Este Emperador tenía un caballo, al que la historia no ha podido negar el homenaje de la celebridad.

El caballo de Calígula recibió el honor de los más altos destinos.

Aquel noble bruto habitaba en cuadras de mármol, se dejaba sujetar con ronzales de perlas, comía en pesebres de marfil, y se abrigaba con mantas de púrpura.

Lo servían un gran número de criados, un mayordomo y un secretario.

Muchas veces eran invitados á comer en su compañía senadores y cónsules, que se apresuraban á recoger el honor de semejante obsequio.

Otras veces comía él mismo en la mesa del Emperador, y se le servía avena dorada y vinos exquisitos.

Los pretorianos velaban cuidadosamente alrededor de sus opulentas cuadras, para que ningún ruído importuno turbara su sueño durante la noche.

Elevado Calígula por el pueblo romano á la categoría de dios, el caballo fué incluído en el colegio de sus sacerdotes, y fué además propuesto para cónsul.

¿Merecía *Incitato* tantos honores?

Veremos.

Había dos maneras de elevarse á las primeras dignidades del imperio: la adulación y el oro; la vida era un privilegio que los ciudadanos debían á la munificencia del Emperador.

Roma levanta templos á Calígula, y quema perfumes en sus altares; el título de sacerdote de semejante divinidad se compra por millones de sextercios, y se le ofrecen sacrificios de pavos reales y faisanes.

Domicio Aser erige una estatua *A Cayo César, cónsul por segunda vez á la edad de veintisiete años;* mas Calígula ve en esta inscripción una censura, en la cual se advierte que le falta la edad requerida por la ley, prepara una arenga, y lo censura ante el Senado.

Domicio se defiende, declarándose vencido por el peso de tanta elocuencia, y el Senado adula á Calígula, absolviendo á Domicio: hasta la justicia era una infamia.

Los padres debían presenciar la muerte de sus hijos sin derramar lágrimas, porque el dolor estaba proscrito.

Muere Drusila, hermana y á la vez manceba del Emperador, y aquella Roma que todo lo sabe

que todo lo quiere y que todo lo puede, ignora si debe alegrarse ó entristecerse.

«¿Qué motivo hay para llorar á una diosa?» pregunta Calígula, y castiga á los que se afligen; pero no puede sufrir que Roma no llore la muerte de su hermana, y castiga á los que se alegran.

Descendiente á la vez de Augusto y de Antonio, Roma no sabe qué hacerse en el aniversario de la batalla de Accio: si se alegra, ofende al descendiente de Antonio; si se entristece, ofende al sucesor de Augusto: la alegría y la tristeza eran á los ojos de Calígula igualmente culpables.

En medio de aquel Senado envilecido, de aquel ejército que se enriquecía con las rapiñas del imperio, de aquella plebe abyecta, se levanta la noble figura de *Incitato*, sacerdote y cónsul; como una señal colocada en el camino de la historia para advertir adónde llegó la mayor grandeza del pueblo romano.

Si es cierto que más merece los honores el que menos los desea, no cabe duda de que el caballo de Calígula jamás pensó en obtenerlos, y cabe la certidumbre de que, á poderse reir el noble bruto, se hubiera reído al verse tan honrado.

El pueblo de los comicios y de los plebiscitos; la ciudad del Foro, del Circo y del Capitolio; la señora del mundo, se nos ofrece á los pies de un caballo.

No hay noticia ninguna que dé testimonio de los méritos particulares que elevaron á *Incitato* al con-

sulado y al sacerdocio, y en tal caso será preciso reconocer que valía tanto como cualquiera de los hombres más distinguidos de su tiempo.

Y si se advierte que obtuvo semejantes honores sin pretenderlos, sin las serviles adulaciones de los patricios, sin las interesadas complacencias de los pretorianos, sin los aplausos cortesanos del pueblo, habrá que convenir en que valía más que aquel patriciado, que aquel ejército y que aquella plebe.

Obstinada la naturaleza en negar que los caballos puedan igualarse á los hombres, se resistirá á creer que *Incitato* llegó á ser sacerdote y cónsul; pero la historia no quiere decir que el caballo llegara á ser hombre, sino que el pueblo romano había llegado á ser menos que un caballo.

El bruto, esclavo de la naturaleza, no puede romper los límites naturales de su brutalidad; pero el hombre, libre por su razón, puede llegar á un embrutecimiento sin límites.

La grandeza del pueblo romano se mide por una extensión que no ha recorrido ningún pueblo de la tierra: fué al mismo tiempo el pueblo más poderoso y más envilecido; su lujo sólo puede compararse con su miseria; era el pueblo más culto y á la vez el pueblo más bárbaro; la misma Roma, que hacía aquellos Emperadores y aquellos dioses, hacía aquellos ciudadanos y aquellos hombres, y el pueblo-rey gemía soberanamente bajo la dictadura de sus propios vicios.

Siendo Calígula emperador y dios, bien podía

ser el caballo de Calígula sacerdote y cónsul; más aún, pudo serlo; más aún, lo fué.

Si el caballo de Darío dió un Rey á los persas, el caballo de Calígula llegó á ser cónsul en Roma: el primero brilla por lo que hizo, el segundo por lo que le hicieron: si el uno fué elector, el otro fué elegido.

Incitato obtuvo aquellos honores, y la historia no puede negarle la celebridad que le concedió el pueblo romano.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III.

El día 14 de Agosto de 1837, más de cincuenta mil personas presenciaban en la gran plaza de Maguncia la erección de un monumento consagrado á la memoria de un grande hombre.

El monumento era una estatua, y la estatua era de Guttenberg, inventor de la imprenta, ó, más bien, de los caracteres movibles.

Murió Guttenberg el 24 de Febrero de 1468; de manera que no obtuvo el honor de la estatua hasta cerca de cuatro siglos después de muerto; sin duda porque el mundo necesitó todo ese tiempo para convencerse de la poderosa extensión de tan maravilloso invento.

Y en verdad que todos debemos profunda gratitud al inventor de la imprenta, lo mismo los sa-

bios que los ignorantes, lo mismo los ignorantes que los perversos.

Los sabios, porque tienen en la imprenta un medio de extender la ciencia.

Los ignorantes, porque del mismo modo disponen de ella para esparcir las sombras de su propia ignorancia.

Los perversos, porque no hay nada que como la imprenta lleve con más seguridad y con más prontitud á la inmensidad del vulgo la semilla intelectual de todas las perversidades.

Por una cruel combinación de las cosas, la verdad se encuentra obligada á agradecerle á Guttenberg la invención de un artificio que sirve admirablemente para propagar todos los errores.

Instrumento ciego de rápida y continua comunicación entre los hombres, reclama con justo derecho lo mismo la gratitud del bien que los homenajes del mal.

Difícilmente se encontrará entre las glorias humanas una que más justamente merezca el aplauso universal; porque si la verdad le debe mucho, al mismo tiempo, ¡cuánto no le debe el error!

Cuentan que Guttenberg se encontró, cierto día que la tradición no señala, en medio de un camino; quizá iría de Maguncia á Estrasburgo, ó volvería de Estrasburgo á Maguncia.

Debemos suponerle meditabundo y cabizbajo, como todo hombre que siente en su cabeza el peso de una idea cuya forma no encuentra.

Delante de Guttenberg caminaba una mula, como si este animal quisiera guiar á Guttenberg como un hombre guía á un niño; pero ello es que Guttenberg seguía los pasos de la mula.

Entonces pudo observar cómo se estampaban las herraduras en el polvo del camino.

Así dicen que se completó en la cabeza de Guttenberg la idea de la imprenta.

Reclamo, pues, para esta mula la celebridad que le corresponde.

Ella inspiró á Guttenberg la imprenta, como la guerra de Troya inspiró á Homero la *Iliada*, y una mula no es más brutal que una guerra.

Se dirá que no hay certidumbre histórica de semejante relato; pero tampoco hay certeza histórica de la guerra de Troya, y sin embargo es célebre.

¿Sería la mula de Guttenberg el único bruto á quien ha dado celebridad la imprenta?

El hecho podrá no ser cierto, pero es posible; y, si no es histórico, no puede negarse que es natural.

Acaso sea triste tener que descender hasta la herradura de una mula, y hasta el polvo de un camino, para buscar, digámoslo así, la impresión primera de la imprenta; pero observemos que la Providencia se complace frecuentemente en asociar á la soberbia del hombre las más humildes circunstancias.